

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 20

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid... 60
Provincia... 70

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego de **EL SPERONARE**, por Alejandro Dumas.—Dos id. de la **HISTORIA UNIVERSAL**, por Costanzo.—Uno ídem de la novela **FE, ESPERANZA Y CARIDAD**, por Flores.—Uno ídem de la **HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO**, por Prescott.

MARTIN SCHEUCK.

1586.

Los hombres se encuentran; solo los montes no se encuentran. (Proverbio corso).

Martin Scheuck, jefe de aventureros, cuya rapacidad igualaba á su feroz valor, era un caballero linbargés, que habia renegado del catolicismo para consagrarse á la causa y fortuna de Mauricio de Nassau. Ocupaban todavía los católicos á Nimega en 1589, cuando Mauricio encargó á Martin Scheuck intentar un golpe de mano sobre aquella plaza fuerte. Martin habia sorprendido á Bonn, tomado otros diversos fuertes y hecho las mas admirables hazañas. La astucia y el atrevimiento que caracterizaban al jefe de partidarios, se desplegaron en aquella circunstancia con una energia digna de mejor causa, y tal vez de mejor éxito.

El día en que el ataque de Nimega debía verificarse, se vió flotar sobre el río y dirigirse hacia la ciudad, cuyos campanarios dejaban ver sus agujas al través de la niebla de la mañana, una multitud de barcas que cubrian telas en forma de tiendas. Nadie se admiraba de aquel espectáculo: era un día de feria en Nimega, y debía creerse que aquellas barcas llevaban viveres y ganados que los aldeanos presentaban en el mercado. Había, sin embargo, en aquella comitiva de embarcaciones un orden y regularidad que podía sorprender; era como una especie de escuadra, cuya simetria y ordenanza contrastaba con la confusion de los barquichuelos, lanchas y barcos chatos que los seguian, y que conducian gentes del campo sentados sobre sus cestas y escoltados de sus chiquillos. Aquellos *boreas* (aldeanos), pasaban al lado de la escuadra sin hacer atencion en ella; no sabian que llevaba en su

seno, como el caballo de Troya, la muerte, la matanza, todos los horrores de la guerra.

Scheuck, el partidario, habia cargado sus barcas de determinados y valientes aventureros: descendia rápidamente la escuadra, y en el arrabal de San Antonio se detuvo en un sitio donde la playa era mas baja. Allí todas las velas que formaban tienda se levantaron á una señal dada: un bosque de lanzas y de espadas, un baluarte de corazas brillaron al sol. Resonó un grito de triunfo, Scheuck, con la espada en la mano y el escudo en el brazo, saltó sobre la playa, y en menos de un minuto, trescientos guerreros marchan en pos de él. El formidable nombre de Scheuck se difunde y siembra el terror. No solo subia en las tortuosas calles del arrabal, sino todas las pobres gentes asustadas, mugeres y niños, huian dando gritos y alaridos. Las cen-

tinelas que guardaban la orilla, que no desconfiaban de nada, fueron cogidas de improviso, y cayeron victimas de su negligencia.

Nadie comprendia lo que pasaba. Si el terrible Scheuck hubiese atacado la ciudad durante la noche, hubiese encontrado á todo el mundo en su puesto; pero venir en la mitad del día de la fiesta, del sol, con un puñado de hombres á asaltar una guarnicion numerosa y una ciudad fortificada, era un arrojo tan grande y temerario, que no podia preverse. Así en poco estuvo que el éxito no coronase tanta audacia.

Hacia largo tiempo que Scheuck habia meditado aquel proyecto: en la toma de Nimega sonaba en los intervalos de descanso que le dejaba una vida de agitación y de combates. Ora estuviese encerrado en alguna fortaleza, ora desafiase los esfuerzos del archiduque, ora galopase por las llanuras y burlase la persecucion de los españoles, ora llevase el estrago y la desolacion á las comarcas católicas; habia prometido esta conquista á Mauricio, que habia decidido verificarla ó perder con ella la vida.

¡Scheuck! ¡Scheuck! ¡Scheuck! esta palabra de terror repetida por los ecos de las torres y las murallas, corria en torno de la ciudad, resonaba en bastion. Los soldados colocados en los puntos avanzados, llenos de terror arrojaron sus armas al acercarse la tropa de Scheuck, y se refugiaron en la ciudad. Allí soldados y ciudadanos se confundieron, se mezclaron; chocaban entre sí sin tomar partido ni resolucion alguna: fué una inaudita confusion. Sabiase quien era Scheuck: el orgullo, la codicia, la sed de venganza devoraban su corazon. Nimega no iba á ser mas que un monton de ruinas. Ya habia puesto el pie en el puente levadizo, é iba á entrar en la ciudad seguido de sus bandidos, cuando le detuvo un obstáculo.

Un ciudadano que se habia puesto una coraza, y cuya cabeza sin orejas ofrecia un espectáculo que no se contemplaba sin algun horror, se hallaba cerca de la puerta en el interior de la ciudad, cuando comenzaba Scheuck á atravesar el puente levadizo. Leíase sobre el rostro del ciudadano no sé qué profundo sentimiento de furor: su talla gigantesca, su larga barba y mutilacion de la cabeza, la amargura de su sonrisa, hacian de él un objeto formidable. Lanzase á la cadena que servia para mover el puente, se aferró á ella colgándose, y con el peso de su cuerpo fuerza el puente á rodar



Martin Scheuck.

sobre sus goznes de hierro y á levantarse rechinando. Scheuck, rechazado violentamente sobre sus soldados, fué á caer á alguna distancia. En otro tiempo había derribado con su sable las dos orejas de Luis de Rankaeste, y este último había reconocido á su verdugo.

Volaban por el aire las maldiciones: los soldados de Scheuck herían en vano con las balas de sus pistolas el obstáculo que se alzaba ante ellos: un ancho foso los separaba de la ciudad. Ya el ciudadano había sujetado las cadenas del puente levadizo: ya había hecho resonar la campana de alarma, y daba carcajadas oyendo los alaridos de rabia de los asaltantes, cuyas esperanzas habían quedado engañadas. De pronto vió á sus pies una mezcla humeante que el soldado colocado cerca de la puerta había arrojado antes de huir: la cogió, la aproxima al oído del cañon mas inmediato, que vomita sobre la tropa de Scheuck una granizada de metralla.

Así, para hacer abortar la empresa mejor concebida y mas heroica, bastó un solo hombre. Rankaeste, corriendo de una pieza á otra y apuntando él mismo los cañones que iba á disparar, destruyó á los soldados de Scheuck, que se esforzaban en escalar la muralla y salvar los fosos; había perdido mucha gente, sus muertos y sus heridos llenaban la tierra. Los ciudadanos y la guarnición, tranquilizados al fin, se reunieron, acudieron, organizaron una salida, y al cabo de las horas de esfuerzos, Scheuck había perdido toda esperanza. Cogidos entonces los asaltantes por un flanco, y obligados á refugiarse en algunas casas del arrabal, las transformaron en ciudadelas, donde se defendieron con rabia. El repique de las campanas y los gritos de los niños y mugeres se mezclaban al ruido de la artillería, las explosiones de los arcabuces y al rechinar de las espadas. Los sacerdotes recorrian la ciudad escutando al pueblo á rechazar á los *pariaseros* que llevaban la plaga y la muerte.

Creía el tumulto á cada segundo; ponían fuego á las casas donde los salteadores se obstinaban en permanecer, y fué preciso entonces pensar en la retirada; y Scheuck, á quien nada asustaba y á quien nada detenía, dió la señal. Los pocos soldados que le quedaban volvieron á ganar lentamente el río, único paso que podía salvarlos. Asaltados por todos lados, combatiendo sin descanso, agobiados por el número, no cedieron ni una pulgada de terreno sin regar con la sangre de sus enemigos. De lo alto de las casas y las ventanas abiertas, las mugeres arrojaban sobre ellos los muebles.

Unos cincuenta hombres, resto de los trescientos bandidos, llegaron á la orilla del agua. Los primeros se arrojaron en sus barcas, é hicieron volar el remo con la violencia y energía que inspira la necesidad de la conservación personal, con el poder del egoísmo sublime al aspecto de la muerte.

Luis Rankaeste, armado con un hacha y cullilero de sangre, los perseguía con encarnizamiento. Se había propuesto seguir los pasos de Scheuck, y corría tras él sin poderle herir. Aquel hombre tan funesto á los católicos, parecia de bronce. Silbaban las balas en torno suyo, las espadas herían su coraza, nada le alcanzaba. Había sido el primero que había puesto el pie en tierra y fué el último en recombarse. Ya tocaba á la orilla, é iba á lanzarse en la lancha siempre seguida por Rankaeste, único autor de la derrota sufrida por los aventureros. El ciudadano de las orejas cortadas agobiaba á Scheuck á hachazos; empero el hacha, mellada; no podía penetrar hasta la carne, y el aventurero, contemplando á su enemigo con aire de desprecio, le atravesó con su daga haciendo correr arroyos de su sangre.

Scheuck intentó un último esfuerzo: precipitose en la barca, mandando á los remeros que marchasen. Pero el salvador de Nimega, el adversario de Scheuck se había lanzado al mismo tiempo con las manos tendidas hácia el bandido. Sus nervudos brazos habían abrazado á Scheuck, y aquel abrazo fué tan fatal como los de la muerte.

La lancha, conmovida por aquel movimiento, zozobra; todos los hombres que lleva se sumergen para siempre en las profundas aguas del río. Rankaeste, embuelto de sangre, y Scheuck,

arrastrado por el tenaz ciudadano, caen, se sumergen, vuelven á sobrenadar, siempre agarrados en aquel abrazo que los arrastraba á la muerte, siempre combatiendo en medio de las olas: veíase el hacha del ciudadano y la daga del aventurero batirse todavía, y continuar la lucha en la agonía de los dos adversarios. Era un espectáculo horrendo.

Scheuck estaba muerto, y Rankaeste, aspirante, no abandonaba el cadáver.

—Héme aquí ya pagado, murmuraba; reconoces á Luis Rankaeste y sus dos orejas cortadas cerca de Maestricht, Scheuck?...

Debilitose su voz; sus músculos se endurecieron; su último soplo hizo hervir el agua que los rodeaba. No abandonó su víctima, y en aquel abrazo los dos enemigos bajaron juntos al fondo.

Strada, que cuenta con poca diferencia en los detalles la tentativa sobre Nimega, dice en su libro 20 estas palabras de Scheuck.

«Era tímido y atrevido: amaba sobre todo los combates, desafiaba, por decirlo así, á la fortuna entre los peligros y los precipicios, y se hubiera dicho que sus mismos vicios le eran útiles y ventajosos; casi siempre sus desórdenes le sentaron perfectamente bien. Jamás manejaba mejor las armas que cuando había bebido, y el vino le ponía furioso; todavía, aun cuando la embriaguez haga ordinariamente descubrir los secretos, se hubiera dicho que estaba acostumbrado á servirse de ella para ocultarlos. Añadía á su genio irritable un humor tan melancólico, que le impedía, dicen, reír durante todo el tiempo de su vida, y trataba á sus soldados y los mataba como esclavos. Sin embargo, rara vez ha sucedido que otro capitán de bandidos haya sido mas querido de los suyos, porque los mantenía siempre con la esperanza del botín, y en efecto, los colmaba de él liberalmente. Era duro en los trabajos, y tan constante, que cuando estaba obligado por la necesidad, ó excitado por la esperanza, pasaba dias y noches á caballo. Allí dormía, y se hubiera dicho que no tenía mas aljamiento que su silla de montar.»

LAS MIL Y UNA NOCHES

DE EUROPA Y DE AMERICA.

COLECCION DE LOS MEJORES CUENTOS DE AMBAS PARTES DEL MUNDO.

Sabido es cuántas insolentes y crueles depredaciones, que infinito número de pretensiones orgullosas de los piratas berberiscos, ha tenido que sufrir la cristiandad. Protegidos por su situación, colocados de modo que podían desafiar todos los ataques de la Europa cristiana con jurada, resistieron durante trescientos años á la España, á la Inglaterra, á Austria, á la Italia; ignor gloria es para la Francia haber castigado al fin tanta insolencia y la toma de Argel, así como la reciente victoria de Isly, parecen anunciar que los destinos, en otro tiempo brillantes del Islamismo, se aproximan á su término fatal, si la España no se duerme sobre sus antiguas y ya casi olvidadas glorias.

La única literatura de esos pueblos, los menos civilizados entre los musulmanes, es la de los cuentos; los aman con tanta mas pasión, cuanto que el drama y la poesía les son enteramente estranos. Un buen cuento se paga muy caro, y medio adormecidos sobre sus cogines, prestan atento oído al narrador, envueltos en las nubes de humo que despiden sus pipas, saborean con delicia la relación del uno y el sabor de la otra. Ese amor á los cuentos, que era común al último gobierno del dey de Argel con toda su raza, ha producido un resultado bastante singular, como se va á ver.

Era en 1810. Las playas argelinas estaban cubiertas de cautivos europeos, que los caritativos hermanos de la Merced rescataban de tiempo en tiempo. Pero sus fuerzas pecuniarías no bastaban á la obra. Antes de hacer el último desaire que tan caro pagó, y de entrar con el enviado de Francia en aquella peligrosa disolución que le ha valido un reino, y á la Europa la visita de un argelino destronado, el dey de Argel, ese anciano ruin que hemos visto en París, se ahur-

ria extraordinariamente. Avaro como la mayor parte de los turcos viejos, tan poco letrado como lo son en general los argelinos y marroquíes, el desecho de la población musulmana, desde que su estómago se había puesto delicado, no quería mas que dos cosas, los cuentos y el dinero. Su costumbre era adormecerse con las relaciones que le hacía el guarda de su serrallo, un griego pequeño y giboso que había sido marinero en su juventud, y que se encontró muy temprano en la corte de las narraciones quiméricas.

Una noche que había estado menos feliz que de costumbre, y que había recorrido el antiguo círculo fantástico de los genios y de las hadas del Oriente, le dijo su amo, bostezando y dejándole su pipa:

—Habeis estado estúpido esta noche, Kathartykos, y bien se conoce que sois un perro de Europa, á pesar de vuestra pretendida conversión y vuestra profesión de mahometismo. Vosotros los europeos no sabeis cuentos deliciosos; entre vosotros no saben hacer mas que barcos de vapor y fusiles.

—Perdonad, alteza, respondió Kathartykos; vuestras palabras son el jardín de la sabiduría, y vuestra experiencia es el sol del genio; pero he oído decir que había cuentos de mas de una especie en los lejanos países de la Europa. Su alteza puede hacer la prueba. Tiene en sus arsenales y en sus galeras mas de sesenta europeos de todas las naciones; no hay uno que no tenga algun buen cuento que referir á su alteza, al menos así lo creo, porque todos son habladores como cotorras.

Era esta una idea bastante ingeniosa del griego suspicaz, que suplía la falta de su agotada faundia y de sus perdidos recuerdos. El dey encontró excelente la proposición, y se aprovechó de ella del modo que se verá.

—Tengo curiosidad, dijo á Kathartykos, de experimentar lo que me decís. (Por Allah esos perros de cristianos me cuestan mas que lo que valen. Al menos me harán pasar algunas buenas noches, porque no duermo. Los que no me diviertan serán estrangulados; los otros volverán á su país.)

Esta idea oriental fué completamente llevada á cabo. Durante mil y una noches consecutivas, narraciones americanas, inglesas, suecas, danesas, laponas, portuguesas, españolas, venecianas, suizas, etc., y de todas las mas escogidas, desfilaban sucesivamente ante el viejo. Era una verdadera enciclopedia de nuestros mas bellos cuentos, y el griego tuvo cuidado de tomar nota de ellos. La mayor parte de los narradores, preciso es decirlo en honor del dey, fueron puestos en libertad, dándoles una bolsa de dinero proporcionada al placer que habían causado á su alteza.

Apenas la ingeniosa invención del dey se ocurrió á su imaginación, volvió á tomar su pipa y aspiró una gran bocanada, como si aquella idea política le hubiese sonreído; luego hizo le llevasen la lista de los cautivos, y despues de haber mandado á su griego fuese á comunicar sus órdenes á los prisioneros del puerto y de las galeras:

—Pretendeis, pues, esclamá, que esos torpes germanos de rubios cabellos saben tambien cuentos? Pues bien, que vayan á buscar inmediatamente el número 42, que es un alemán.

Obedecióse al dey. El hombre que llevaron á su presencia era un marinero, hijo de un labrador, y nacido en la comarca del Harz. Costóle mucho trabajo comprender lo que se exigía de él, y despues de alguna vacilación, dando vueltas en su mano al gorro azul que había llevado de Naremburg, y que le había seguido en su cautividad, comenzó la relación siguiente, antigua leyenda tomada literalmente de una de las tradiciones populares de la Suecia.

CUENTO DEL MARINERO EINRICH.

CAPITULO PRIMERO.

DE COMO EL NOTARIO WAPPENBEKKEP, QUISO ARREBAJAR UN DIENTE DE ORO.

Su alteza no conoce las montañas del Riesengebirge, ó montañas de los Gigantes, son

montañas peladas, donde hay árboles raquíticos, donde todo es espantoso; allí existe un lugarcillo cuyas chozas son bajas y mal construidas; la miseria de los que le habitan es extrema. Los viajeros no se aventuran jamás hasta allí, y aun creo que los mas sabios no le conocen.

Hacia fin del siglo XVI, un pobre notario vivía trabajosamente en aquel cantón del producto de su pluma. Su cabaña, llena de gretas de alto abajo, se inclinaba bajo el peso de un techo destruido; la puerta estaba desquejada y apollada; las ventanas con papel, en lugar de vidrio, parecían suplicar al cielo que penetrase. Este se aprovechaba del permiso sin la voluntad del propietario.

El cielo no es para nosotros, alteza, lo que para las gentes del Mediodía, y Mr. Wappenbekeel trillaba frecuentemente, y mas cuando sus hijos, tenía diez y ocho, se precipitaban á su alrededor para pedirle su habitual subsistencia. No era ni triste ni alegre; dejaba las cosas marchar como querían, y dormía tranquilo, á poco que el cielo le enviase bastante pan y legumbres para subvenir á sus necesidades personales y á las de su familia; desempeñadas sus primeras condiciones, y absorbidas en sus fosas nasales algunas cantidades de tabaco bastante malo, veía colmados sus gozos. A nadie atormentaba y daba órdenes mas que una vez. Así que su familia le veneraba.

Tenia toda la filosofía y toda la rigidez de una piedra tallada en forma de hombre. Su figura era la de un pájaro petrificado. Su traje original se componía de una casaca que en su origen habia sido negra, de grandes faldones, con grandes botones de boj, de un calzón oscuro cuyas costuras se habian vuelto amarillas, de medias grises cubiertas de remilgos prominentes y rojas, y de zapatos con gigantescas hebillas. Una pequeña peluca redonda, corta, erizada como el lomo de un jabalí, manteniéndose tiesa é inmóvil sobre su cráneo oscurecido por los años, daba á su fisonomía arrugada por profundas arrugas, un aspecto bastante cómico. Poseía además otro traje, medias blancas, largo espadon, calzón corto de retina, casaca azul con chorrera blanco-amarilla; pero no se le habia puesto mas que una vez, el día de sus bodas.

Casado después del cotidiano trabajo, monaciar Wappenbekeel volvía á su casa, tomaba con una serenidad encantadora la comida de zanahorias que le esperaba; en seguida, á la pálida luz de una lámparilla de hierro, se ponía á hojear con avidez una antigua leyenda que poseía, cuyas páginas amarillas de polvo y antigüedad, escitaban en él un flemático entusiasmo. Una noche que estaba cerca del techo de su mujer enferma, y que se habia dormido sobre su libro favorito, algunos golpes rápidos resonaron en los pequeños y redondos vidrios engastados en el plomo de una de las ventanillas bajas. El notario se despertó y se levantó refunfuñando. Llegado al umbral de la puerta, vió un palafrenero bien montado, que tenia por la brida un segundo caballo completamente enjazzado. Aquel doméstico de librea saludó políticamente al notario, y en seguida le entregó una carta que tenía un ancho sello blasonado. La escuela en cuestión era de un anciano gentil-hombre, que poseía en las inmediaciones un hermoso señorío, y una joven esposa de la que podía ser cómodamente abuelo. Esta noble dama, no teniendo otra cosa mejor que hacer en su soledad conyugal, se le puso en la cabeza el tener dolor de muelas, y envió á buscar al dentista. Fumás hubo perlas finas mas puras y mejor engastadas que las de la preciosa dentadora de la castellana, y tanto sus muelas como sus dientes brillaban con el mas precioso esmalte. No era su diente lo que necesitaba arrancarse, era el fastidio el que necesitaba disipar, y su noble marido, que la refería continuamente las mismas batallas, no la divertía.

El maestro Wappenbekeel tenía dos oficios: era notario y dentista; especulaba en un momento de ocio sobre las mandíbulas del prójimo, y su destreza habia llegado á ser célebre en el país. La castellana habia, pues, enviado al punto al dentista un asno de silla, muy dócil, que conducía un escudero montado en un brioso caballo padra. Sin dudar algunos reales de mas que ganar, era una cosa muy seductora para el po-

bre hombre; pero la noche era oscura, y al notario no le agradaba aventurarse de noche en un camino. No obstante, después de haberse puesto su traje de boda, recomendado á su fiel compañera la primogénita de sus hijas, y haberles prometido á la una y á la otra volver lo mas pronto que pudiese, cogió sus instrumentos, se ciñó el mohoso estoque, colocó sobre su cabeza su tricorno de los días festivos, y montó sobre el animalito que le habian enviado.

Las tres leguas que le separaban de la mansión del anciano baron, terminaron muy pronto, y se encontró frente á frente de éste. Introdujole, después de los saludos de costumbre, en la habitación de su muger, que sufría muerte y pasión, según ella decía, y que desde que entró el dentista, abrió al punto la boca del modo mas gracioso del mundo. El dentista vió en ella un tesoro de los mas hermosos dientes, y se detuvo. Por lo que hace á ella, al aspecto del dentista notario prorumpió en una estrepitosa carcajada, y saltando sobre su asiento como un corderillo:

—Me he curado, me he curado, exclamó.

—¡Yal dijo el marido.

El hecho es que el aspecto de Wappenbekeel era tan grotesco, que la joven baronesa no habia podido mirarle sin que hiciese desaparecer la melancolía de su humor atrabilario. El gentil-hombre avanzó hacia la enferma, la besó en la frente con galantería, y la prometió en recompensa de su ánimo, un precioso brazaete que habia encargado á Praga para ella.

Era una amable criatura la castellana: dió gracias al dentista, le preguntó con interés acerca de su familia; luego, dándole su mano regordeta á besar, deslizó diestramente en la suya una bonita pieza de oro enteramente nueva.

—No digáis nada, murmuró ella á su oído.

El dentista se inclinó con respeto, puso sus labios sobre los dedos afilados que se le tendían, y después de haber espresado toda su reconocimiento, aconsejó á la joven que buscarse el reposo de que debia tener tan gran necesidad. En seguida se inclinó profundamente ante el baron y quiso despedirse.

El dueño de la casa no quiso dejar partir así al que le habia prestado un servicio tan eminente, y cogiéndole por el brazo le condujo á un salon donde una mesa de caoba estaba cubierta de exquisitos platos y seductoras botellas. No pudo menos de hacer honor á los unos y á las otras, y se aprovechó tan concienzudamente que bien pronto se desató su lengua completamente; redió al anciano baron los hechos de armas de los caballeros de la Tabla redonda, sintió secarse su garganta de tanto hablar, la humedeció de nuevo, volvió á hablar, bebió otra vez, y habiendo hecho el vino su efecto, olvidó el parrador la hora que era. Estaba en su décimo nono vaso de vino de Madera, cuando una gran pendola dió las once, é intentó levantarse, mas en vano. La joven dama, muy bien curada, entró entonces y dijo:

—Maestro dentista, no os marchéis; es tarde, estaría desconsolada el hombre tan hábil corriendo el menor peligro. Veamos, voy á hacerlos preparar una buena cama, y mañana por la mañana os volveré á conducir yo misma á vuestra casa en mi pequeño carruaje de caza, que encontráis tan elegante y tan cómodo. Ea, ¿no es eso? ¿consentís?

El notario se inclinó, como su sombrero, y se marchó sin escuchar las instancias del castellano y de su compañera, la cual viendo que era inútil lo que le decía, tomó el partido de desearle un buen viaje y de irse á acostar. Fuése, pues, el dentista, teniendo por hecho la bodega celeste, marchando tieso y arrastrando su espada con él. Se puso á recordar en su imaginación, con un íntimo contentamiento, su audaz visita, y sobre todo la destreza de que habia dado pruebas en la operación, destreza que le habia valido una sonrisa de la linda baronesa, un beso en una mano mas blanca que la de un cisne, una bonita moneda de oro y una cena deliciosa. Pero mientras trabajaba en recoger los detalles de aquella noche, su cabeza, refrescada un instante al principio, se negó de repente á dirigirse, y un enorme puñetazo de gigante, asestado sobre su nuca, le pareció que aplastaba y anegaba toda su mortal existencia: era que el

maestro Wappenbekeel habia dado una airoza caída en una quebrada; su pobre cabeza habia chocado contra una raíz de árbol. Se volvió á levantar, pero bien pronto sus piernas, enredándose una en otra, le hicieron vacilar á cada paso; su cuerpo demacrado, prolongado, endeble, no semejaba mal á un junco balanceado por el viento. Si una falsa vergüenza no le hubiese contenido, hubiera vuelto atrás para pedir el asilo que ha poco habia imprudentemente rehusado; pero temiendo que se atribuyese su vuelta al miedo, se enderezó con orgullo y procuró seguir lo mas regularmente posible el camino que ante él se ofrecía. A pesar de sus esfuerzos describió una porción de curvas irregulares, que le obligaron á hacer carambola contra algunos árboles; luego se puso á correr en la direccion que creía buena, pero en lugar de reparar su primer error, cometió otro mas peligroso y se internó en un valle pantanoso que le era totalmente desconocido. Después de haber luchado alternativamente con los pantanos y la maleza, descubrió una luz en lontananza. A este inesperado descubrimiento, respiró.—No hay humo sin fuego, no hay fuego sin humos, pensó el maestro Wappenbekeel, avanzando lleno de valor y de esperanza hacia el sitio donde pensaba encontrar un abrigo. Será ciertamente alguna choza, donde podré reponerme del camino, secar mis zapatos y mis medias esperando el día, y saber al fin dónde los malditos frascos del baron me han conducido sin mi consentimiento.—La lógica del pobre hombre no se engañaba del todo; la claridad en cuestión, provenia sencillamente de una linterna que llevaba un individuo pequeño, contrahecho, raquítico y estrambótico, con las piernas torcidas como un renacuajo, la cabeza desproporcionada y el rostro repugnante. Este grotesco personaje iba de alto abajo vestido con un traje gris color de ceniza, sus ojos centelleaban como dos gusanos de luz, y su mano derecha, extraordinariamente huesosa y colosal, descansaba sobre un palo de espino con una orgullosa seguridad.

—¿Quién viene? exclamó Wappenbekeel con un tono brusco, empuñando su daga, frunciendo las cejas y calándose su tricorno.

—Amigo, replicó reposadamente el píjmeo.—¿En buen hora! ¿Pero cuál es tu nombre? replicó el notario.

—Si no es mas que eso, dijo el enano con una falsa risita, puedo satisfaceros. Me llamo Bariní Tabalí, vengo del castillo de Brodogouth, y me vuelvo á la ciudad próxima. Pero vos mismo, que sois tan curioso, ¿queréis decirme á vuestra vez cómo os llamais, y qué os obliga á recorrer los campos á semejante hora?

—Yo soy el notario Wappenbekeel, respondió el dentista, á quien el aspecto extraño, así como la voz del pequeño patieslevado imponían á su pesar. Pertenezco á la justicia, y como esta tiene los ojos vendados no ha reconocido mis méritos, y casi nos ha dejado morir de hambre á mi y á mi familia. Produciéndome muy poca cosa mi mezzuino empleo, he apelado á mi destreza y naturales luces. Estruigo, para servirlos, los dientes á los que quieren dirigirse á mí, y puedo vanagloriarme de operar con una destreza poco comun. Así que hace muchos años paso en toda la comarca por un hombre hábil: aun la nobleza de las inmediaciones no se desdena de recurrir á mi frecuentemente, cuando se trata de un negocio de este género, y en este momento salgo del castillo de un anciano gentil-hombre, donde he desplegado de nuevo mi destreza. He aquí la verdad desnuda.

—Muy bien. Mi señor, que vive en un cuarto de legua largo de aquí, se ha desvelado esta noche con espantosos dolores de muelas, y no pudiendo sufrílos, me ha mandado fuese á buscar alguno cuya mano pudiese librarle de su dolor. Puesto que vos sois tan hábil en vuestro arte, y parece tenéis tan buena voluntad, seguidme; podreis hacer un buen negocio y evitarme un paseo mas largo. El castillo de Brodogouth se eleva sobre una pequeña colina poco lejana, que desde aquí podría enseñaros si fuese de día. Debo preveniros que si no estais seguro de vuestro saber, si vuestra mano es débil, incierta, poco hábil, será mas prudente para vos no arriesgaros á la aventura, porque mi amo es liberal, pero no se deja burlar, y en

caso de desgracia sería capaz de aplicar una corrección, cuya señal os quedaría por todo el resto de vuestra vida. Reflexionad pronto y decidme lo que habeis resuelto.

—Todo está reflexionado, dijo el notario, á quien un nombre de vino había vuelto audaz; un hombre de mi temple jamás vacila cuando se trata de obrar, y os sigo. Estoy seguro de mí mismo, y no vacilaría un segundo aun cuando se tratara de habérmelas con la mandíbula del diablo.

A estas palabras el notario siguió al enano, de cuya repugnante fealdad se había olvidado, y muy pronto llegaron á las puertas del castillo guarnecido de torres que se elevaba sobre una roca escarpada. Entonces el guía, sin proferir una palabra, abrió una estrecha portera, que volvió á cerrar al punto tras de sí; luego, subiendo una escalera negra y tortuosa que conducía al primer piso, se dirigió por un largo corredor y penetró en un gran salón donde mandó al dentista le esperase algunos instantes.

En cuanto quedó solo en aquella habitación espucosa, sombría y silenciosa, el notario se estremeció á su pesar. Este castillo que parecía inhabilitado, esta habitación apenas iluminada que reflejaba el aspecto enmohecido, oscuro y extraordinario de su conductor, todo contribuía á despertar en él una sensación dolorosa y vaga.

No obstante Mr. Wapenbeekel se puso, por entretener el tiempo, á limpiar los instrumentos que había sacado maquinalmente de su bolsillo. Una voz gruesa que salió de la habitación inmediata, le mandó entrar llamándole por su nombre. Al punto cerró su estuche quirúrgico, puso su sombrero bajo el brazo y obedeció la orden que había recibido. Un hombre de una talla colosal, envuelto en una bata de damasco verde á grandes ramos, y que llevaba en su cabeza un gorro de terciopelo negro liso, le recibió con una dignidad fría é imponente: era el castellano. El dentista se encorvó hasta el suelo, murmuró algunas palabras que debían probar su profundo respeto, y se encomendó humildemente á la bondad del Señor.

—¿Eres dentista? preguntó el gigante con voz grave y sonora.

—Si, monseñor, respondió el cartulario inclinándose hasta el suelo; y sería para mí un honor poderos servir.

—Bien pronto vamos á ver si puedes, replicó su interlocutor. Sin embargo, y sea dicho entre nosotros, no me pareceis tú el hombre que yo busco. Ese rostro pálido; esos miembros delgados y esa casaca raída, no me anuncian nada bueno.

—Espero que ese juicio no durará mucho tiempo, noble señor, dijo sonriendo el notario.

—Vednos, replicó el brutal paciente, que se sentó al instante; mas despáchale y cuidad con él.

Dos cascos tan raros como el primer jóven se aproximaron, el uno con una media fuente, y el otro con una servilleta; el notario se colocó en posición.

(Se continuará.)

INFLUENCIA DE LA LUNA EN EL TIEMPO.

Mr. Arago ha observado, que en la cuestion de saber si la luna tiene influencia sobre el tiempo, hay dos opiniones opuestas. La mayoría de los hombres no pone en duda esta influencia, y en este número se encuentran: los marinos, los bateleros y los labradores; pero no se atreverán á predecir si el cambio de tiempo tendrá lugar en el plenilunio, el novilunio ó en los cuartos, y si será bueno ó mal tiempo; la mayor parte creen, sin embargo, que se verificará un cambio de cualquiera especie en una de esas épocas. Por otra parte, los astrónomos ó los sabios en general atribuyen esta opinion á una preocupación popular, y no hallan rason en la naturaleza de las vicisitudes de la atmósfera, para creer que deban verificarse en un día de la luna mas bien que en otro.

En este estado las cosas, Mr. Arago y otros sabios han examinado con atención las observaciones meteorológicas hechas en diferentes

años, con el objeto de ver qué cambio podían producir el novilunio ó el plenilunio. Al primer estado atmosférico al que han dedicado su atención, es al de la lluvia.

Hay tres *períodos*, si se nos permite la expresión, de períodos, en los que se puede comparar la influencia de la luna: 1.º El novilunio y el plenilunio; es decir, las épocas en que la luna está alternativamente mas próxima y mas lejana del sol; 2.º el perigeo y el apogeo, es decir, los momentos en que está mas próxima y mas distante de la tierra en el curso de su revolución mensual; 3.º la declinacion Norte y la declinacion Sud, épocas en que la luna permanece mas ó menos tiempo encima del horizonte en la duracion del día. Los sabios han sacado sus conclusiones principalmente del estado del tiempo en estas fases. El doctor Midler de Berlin ha hecho, por espacio de diez y seis años, seis observaciones diarias, y ha encontrado que en Berlin había caído algo menos lluvia y nieve cuando la luna estaba en su apogeo, que cuando estaba en su perigeo.

El profesor Schábler, de Tubingen, ha hecho una serie de observaciones sobre el tiempo durante el largo espacio de veinte y ocho años. Ha hallado, que en veinte años había habido 3066 dias de lluvia, de los que 1503 habían tenido lugar durante el creciente de la luna, es decir, en el paso del novilunio al plenilunio, y 1457 en el menguante, es decir, durante el paso del plenilunio al novilunio. El mayor número de dias lluviosos fué entre el creciente y el plenilunio, y el menor entre el menguante y la luna nueva; las otras dos épocas tuvieron sobre poco mas ó menos el mismo número de dias de lluvia. Como la mayor parte de los años tomados separadamente concordaban bastante bien con el resultado total, esta observacion condujo á una conclusion bastante satisfactoria, que en Alemania llueve mas un poco antes del plenilunio, que poco antes del novilunio, en la proporcion de seis á cinco. Schábler varió en seguida sus cálculos, tomó uno á uno los dias de la luna en lugar de reunir siete ó ocho dias. Encontró que en veinte y ocho años había tenido 148 dias lluviosos en el novilunio, 156 en el cuarto creciente, 162 en el plenilunio, y 130 en el cuarto menguante, de donde parecia resultar que el dia del plenilunio, era, de las cuatro fases, el mas sujeto á lluvia; pero encontró tambien que el cambio de lluvia era todavía mas notable tres dias próximamente antes del plenilunio.

En Montpellier, Mr. Pottevin ha obtenido resultados diversos de los que acabamos de citar. Ha encontrado en diez años de observaciones, que en la luna nueva había un dia de lluvia por cada cuatro, en el cuarto creciente uno por cada siete; en la luna llena uno por cada cuatro, y en el cuarto menguante uno por cada cuatro. Por aquí vemos que en Montpellier ha llovido con mas frecuencia durante la luna nueva que en la luna llena, mientras que ha habido un resultado contrario en Alemania. Mr. Pilgrim, en las observaciones que ha hecho en Viena, ha encontrado que si habla veinte y seis dias lluviosos en la luna nueva, había veinte y nueve en la luna llena, resultado que concuerda bastante bien con el de Mr. Schábler. Un gran número de observaciones hechas en Génova en un período de treinta y tres años, demuestran que el número de los dias lluviosos en esa ciudad en las cuatro fases de la duracion de la luna, son: luna nueva, 123 dias; cuarto creciente, 122; luna llena, 132; y cuarto menguante 128 dias. Aquí es mayor el número en la luna nueva que en la luna nueva, como resulta de casi todas las demas observaciones. Pero si se toma la cantidad positiva de lluvia que cae, en vez del número de dias solamente, se encuentra un resultado que altera todas las conclusiones precedentes, porque si la cantidad de lluvia que ha caído los dias de la luna nueva se representa por 432, la del cuarto creciente lo será por 430; la luna llena 446, y el cuarto menguante 369; lo que demuestra que llovió mas en la luna nueva que en la luna llena, aunque parecia haber mas probabilidad de lluvia en el plenilunio que en el novilunio.

Tambien se ha considerado la luna, no ya con relación á la cantidad de agua caída realmente, sino al estado nebuloso de la atmósfera.

Mr. Arago entiende por un dia bueno aquel en que está despejado á las siete de la mañana, dos de la tarde y nueve de la noche. Entiende por nebulosos los dias en que, á esas horas, el cielo está cubierto de nubes. Ha examinado las observaciones hechas durante diez y seis años en Augsburg, y ha visto que dieron por resultado: durante la luna nueva, 31 dias buenos y 64 nebulosos; en el primer cuarto, 38 buenos y 57 nebulosos; en la luna llena 26 buenos y 64 nebulosos; en el último cuarto, 44 buenos y 53 nebulosos.

Estos resultados están muy acordes con los que hemos citado de Schábler, en los que se encuentran mas dias lluviosos en la semana que precede á la luna llena, que en las otras tres semanas del mes lunar, concordando igualmente por la cantidad absoluta de lluvia.

MISCELANEA.

CHASCO DE UN CURA. —Un cura se hallaba atormentado por la nobleza de la vecindad, que le importunaba frecuentemente con sus visitas y glotonería. Un dia que vió llegar siete u ocho de estos pegotes á su casa, los recibió bien.

—Señores, sean vds. bien venidos. Muchacho, date prisa, baja á la bodega, sube al palomar; que pongan servilletas limpias.

Haciendo esto cogió una sobre-peliz y un breviario, lo que no dejó de sorprenderles.

—¿Dónde va vd. tan ligero, señor cura?

—Vuelvo al momento, no haré mas que ir y venir. Mientras disponen la comida voy á reconciliar á un pobre apestado del cólera-morbo que he confesado esta mañana.

Al decir esto salió, y al instante sus aficionados se largaron, sin que hayan vuelto á verle en mucho tiempo.

EL PAPEL DE COMEDIA. —Representaban una comedia casera en una pequeña poblacion de Suiza. Una de las señoras debía representar uno de los principales papeles de la comedia. Un poco antes de alzarse el telon, la madre de la jóven se adelantó, y dirigiéndose á la concurrencia:

—Señores, dijo, desearia que tuviesen vds. la bondad de permitir que mi hija dijese la primera su papel, porque estamos convidados á cenar en una casa.

LOGOGRIFO.



ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Sta. Teresa, núm. 8.